



## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1767

*Del académico de número don  
Roberto Selles, acerca de*

### MONGO

Señora Presidenta:

“Habré de entender algún día que esto no tiene remedio, / que uno pudo nacer pez espada, ejecutivo, delator, / tener una religión prestada, carecer del ojo izquierdo, / vivir esperando que Mongo lo aguarde en el Ecuador”, escribió Julián Centeya en un poema sin título, que copié en cierta muestra de su poesía ilustrada, allá por 1972, y que en 1978 Torres Agüero reprodujo, ya algo modificado por el autor, en *Piel de palabra*. En un poema más mencionó el Hombre Gris de Buenos Aires a ese personaje llamado Mongo, aunque esta vez, canonizado; lo hizo en “La muerte del punga”, según consta en *La musa del barro*, y que, en un par de grabaciones, tituló “El punga”. En él se lee: “Pinchó, / San Mongo debió esperarlo, chicato como es, / el día de la zarpada”.

*Mongo* es voz casi no usada por la poesía lunfarda. Pero no por ello resulta extraña al habla popular de nuestra ciudad, en la que circula sola, con deformaciones o acompañada. Su significado es la personificación de la nada; Gobello, en su *Diccionario lunfardo*, aclara que se usa “en expresiones de negación tales como “¡Mongo!: no; contárselo a Mongo: a mí no me lo cuentes; ¡que lo haga Mongo!: yo no lo hago”.

Cómo quedó dicho, puede oírse deformada en *Mongoche* (variante incluida por Félix Coluccio en su *Diccionario de voces y expresiones argentinas*), o ampliada con el agregado de apellidos, en los nombres imaginarios *Mongo Aurelio* (evidentemente derivado del emperador romano Marco Aurelio), *Mongo Picho* (supongo que de ¡Chau, Picho!, que es otra versión de ¡Chau, Pinela!) y como miembro del santoral lunfa *San Mongo*. Pero aún circula deformada y con apellido en *Mongorito Flores*, *Mongoreto Flores*, *Mongoletto Flores* y *Mongoreto Florio*.

El nombre *Mongo*, con diversos apellidos, proviene, evidentemente, de *Mongo Tal*, expresión usada por los bantúes, según explica Néstor Raúl Ortiz Oderigo en *Diccionario de africanismos en el castellano del Río de la Plata*. Así, es común que algunos músicos cubanos de color lleven este vocablo como nombre artístico. Tenemos noticias de los congueros Mongo Santamaría (Ramón Santamaría) y su hijo Monguito Santamaría, y del sonero Ramón Quián, que se autobautizó Monguito el Único. Por supuesto, el hecho de que alguien se llame Mongo en Buenos Aires provocaría la risa inmediata.

Se lee en las páginas 156 y 157 de la mencionada obra de Ortiz Oderigo:

Por los caminos del lenguaje coloquial y de lunfardo de nuestra ciudad, distintos africanismos se han abierto paso con bastante generosidad. Corresponde citar, entre otros, al que nos referimos en estas mismas páginas, el verbo [sic] *mongo* o *mungo*, que en distintas lenguas de la rama bantú significa ‘rey’, ‘líder’, ‘jefe’, etc. Es el equivalente a *oba* u *obbá*, en nagó o yoruba, idioma que se habla en Nigeria y parte de Dahomey. Se dice “Mongo Tal” en el sentido de “rey tal”. Por lo cual al explorador irlandés Park los negros lo llamaban *Mungo Park*. *Mongo John* era el apodo de un tristemente famoso negrero cuyo nombre era John Ormond.

Y aquí vemos claramente el origen de nuestros Mongo Aurelio, Mongo Picho, etc.

Continuemos con Ortiz Oderigo, que más adelante nos hace saber de la existencia de una tribu llamada precisamente *mongo*. “El pueblo mongo –informa este autor– vive en una vasta región forestal situada entre el ex Congo, hacia el norte y el oeste; el Kasai, al sur, y el Lualaba, al este. Sus integrantes afirman ser descendientes de un solo antepasado: Mongo.” Vemos, pues, que Mongo ya era nombre propio en algunos pagos del África negra. Y nos dice aún Ortiz Oderigo: “Se puede añadir que *Mongo* es un pueblo del Dahomey y, en el África Occidental, y que *mongo* es una sustancia empleada en los cultos afrobrasileños con distintas finalidades”. No está de más agregar a lo dicho por el destacado africanista argentino que la etnia mongo es la tercera de la República Democrática del Congo, en cuanto a número de integrantes. Concluye el citado autor: “El vocablo que nos ocupa proviene del idioma umbundu *móngua*”. Todo lo cual nos lleva a la conclusión de que Mongo y sus derivados son voces difundidas aquí por los esclavos africanos y sus descendientes.

En cuanto a los orígenes de ciertos agregados, cabe agregar que Héctor Zimmerman, en *Tres mil historias de frases y palabras que decimos a cada rato* –citado por el periodista Luis Aubel–, nos advierte que “a principios de la década del cuarenta, cuando estaba en sexto año, en el Nacional Buenos Aires, asistí al nacimiento de “Mongo Aurelio” [...] esta expresión la inventaron Alfredo Melián y Ricardo Mosquera Eastman, dos estudiantes, cuando estaban de moda las aventuras de Flash Gordon en el planeta Mongo”. *Flash Gordon* era una Historieta creada por el extraordinario dibujante estadounidense Alex Raymond unos años antes, en 1934.

Por otra parte, Mongo Aurelio es una banda de rock y blues, conformada en la bonaerense Villa Adelina en 2007. Y en cuanto a personajes similares, tenemos otra banda rockera –en este caso, marplatense– denominada Mongoreto Flores. Un bar de la ciudad de San Juan se llama Mongo Aurelio, lo cual nos demuestra que el nombre trascendió los límites de la capital y del gran Buenos Aires, y el escritor Oche Califa tituló a uno de sus libros para el lector menudo *La vuelta de Mongorito Flores*.

Mongo y sus derivados nos remontan a otros personajes europeos usados con igual finalidad. Son los españoles *Fulano*, *Mengano*, *Zutano* y *Perengano*; los portugueses *Beltrano* y *Sicrano*; los italianos *Sempronio*, *Tizio* y *Caio* y los ingleses *Dick*, *Harry* y *Tom* (recuérdese el Tom Peeping de la historia de Lady Godiva). En cuanto a nuestra habla popular, se utilizan con el mismo significado *Magoya*, *Mengueche*, *Serrucho*, *Montoto*, *Juan Pérez* (nombre que, casualmente, corresponde a aquel clarinetista de Barracas que compuso el tango “¡Dame la lata!”) y el gracioso *la abuelita de Tarzán*.

Pero los de mayor trayectoria entre nosotros han sido Mongo y sus derivados, que siguen completamente vigentes. En consecuencia, no deberíamos asombrarnos, en estos tiempos en que los migrantes correntinos suelen levantar templos callejeros al gauchito Gil, si cualquier día surgieran los consagrados a San Mongo. No estaría mal; al menos, sería un santo local.

Villa Ballester, 1º de noviembre de 2014

ROBERTO SELLES  
Académico de número  
Titular del Sillón “Dante A. Linyera”